

## **ADIÓS, EDGARDO, GATO QUERIDO**

No me siento en absoluto privilegiado por intentar hilvanar unas frases para nuestro apreciado y querido Edgardo. Como todos ustedes, aún sigo sin asimilarlo. Tengo la certeza de que si voy a Marcoleta 250 estará allí, como un vigía sempiterno, recibíendome con su sonrisa plena y su mirada clara.

-¡Hola, profe!

Desde mi atalaya, en el segundo piso del bloque A, se me aparecía cotidianamente. Era fácil descubrir la ruta que hacía (su trazabilidad, diríamos ahora): diagonales nororiente-surponiente, un regreso en zigzag, un trote al estacionamiento y de vuelta a la portería.

Es probable que si examinamos las plantas de arquitectura de la Facultad llegaríamos al convencimiento de que no hay metro cuadrado en el cual no haya posado sus pies (o sus patitas). Desde los subterráneos a las más recónditas buhardillas. En efecto, un gato todo terreno. De una buena voluntad conmovedora y de un buen genio a toda prueba. Si hasta cuando se enojaba era buena persona.

Una virtud que nunca pudo disimular era su humildad: cuando fue subalterno, lo hizo todo sonriendo, agradecido de ser útil. Cuando fue jefe, lo hizo todo sonriendo, usando como único don de mando el trato afable.

La historia de la Facultad está sembrada de hitos, de momentos importantes y marcado por la hegemonía y el discurso de los grandes maestros, egregios profesores, insignes arquitectos. También de ilustres diseñadores y geógrafos.

Pero la historia también está escrita por quienes han ofrendado su trabajo y, finalmente, la totalidad de sus energías, al engrandecimiento de la institución que le dio la oportunidad de crecer. Y el agradecimiento se hace vivo, está presente en cada acto, en cada gesto. La Facultad hizo crecer a un gatito que llegó en busca de acogida. Difícilmente habrá otro gato más humano. Al principio, algunos temieron que se comiera al pajarito y, sin embargo, ambos terminaron siendo grandes amigos.

Nos hará falta el gatito en la Facultad. Ya no sentiremos ronroneos ni maullidos de amistad al trasponer cada día la portería de Marcoleta.

A lo mejor Roberto Carlos nunca se imaginó que había un gato alegre y azul. Creo que si hubiera conocido a Edgardo habría hecho una canción menos triste.

Pero hoy quisiéramos que nuestro gato se haya ido un tejado amable y que lo acoja con el amor que se merece. Ya falta poco para agosto. Nos gustaría que desde el lugar que ahora lo reciba nos mande, de cuando en cuando, un maullido o algún ronroneo, para que siga con nosotros.

Hasta siempre, gatito querido.